

# ¿Un país sin hijos?

## Lección inaugural del Máster en Orientación y Mediación Familiar

**Eulalia Torrubia Balagué**

*Facultad de Psicología UPSA*

Excelentísimo Sr. Vicerrector de Relaciones Institucionales, D. Jacinto Núñez Regodón; Sr. D. José Luis Guzón Nestar, Director del Instituto de la Familia y Co-Director del Master en Orientación y Mediación familiar; Sra. Dña Cristina Klimowitz Baldmann, Concejala de Familia e Igualdad de Oportunidades del Ayuntamiento de Salamanca; queridos alumnos y compañeros.

Hace más de diez años, el sociólogo Gosta Esping-Andersen escribió *El estado del bienestar en el siglo XXI*<sup>1</sup>. Corría el año 2004 y nuestro país se encontraba inmerso en un proceso de adaptación a las nuevas realidades económicas y sociales. Se trataba de un artículo que describía algunos escenarios posibles dentro de la sociedad española en un futuro más o menos próximo. En alguno de estos escenarios los niños tenían mucho que ver. De hecho, previó que para las próximas décadas España sería un país sin hijos.

Desconocemos si el autor, cuyo apellido Andersen asociamos a uno de los escritores de cuentos más leídos: Hans Christian Andersen (*El soldado valiente, La Sirenita, El patito feo o El traje nuevo del emperador*), se inspiró en otro cuento –de autor desconocido– para escribir un título tan rotundo: *Un país sin hijos*. Nos referimos a *El Flautista de Hamelín*. El joven flautista exterminó la plaga de ratones haciendo de Hamelín una ciudad habitable. Lo hizo con una melodía, con la música de su flauta. La misma que se llevó a los niños cuando el

<sup>1</sup> ESPING ANDERSEN, G., “Estado del bienestar en el siglo XXI”, en *La participación de la sociedad en el Estado del Bienestar del siglo XXI*, Barcelona, Centro de Cultura Contemporánea, (2003), 1-12.

alcalde, por avaricia, incumplió la promesa de recompensarle y menospreció la fuerza del muchacho. El flautista tenía claro que sin monedas de oro no habría niños, de la misma manera que sin recursos no hay ni puede haber infancia.

Es imposible pensar en el desarrollo de los países sin una inversión permanente, suficiente y de calidad en los ámbitos relacionados con la infancia, como se puede leer en los últimos informes acerca de la misma: *La protección de la infancia frente a la pobreza* (Save the Children, 2013)<sup>2</sup>; *Estado Mundial de la Infancia*, elaborado por Unicef en el año 2014<sup>3</sup>; *La infancia en España*<sup>4</sup> (Unicef, 2014) o *El VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España* (Fundación Foessa, 2014)<sup>5</sup>.

Alguno supondrá que la previsión de Gosta Esping-Andersen carece de mérito, pues ya desde finales de los años 80 la sociedad española se dibujaba con una gran pirámide invertida. Pero el sociólogo describió lo que ocurriría en nuestro país, y, lo más importante, detalló cómo el riesgo social se produciría a edades cada vez más tempranas atrapando a las familias jóvenes con hijos.

Unicef titula precisamente uno de los capítulos del informe más arriba citado con la siguiente pregunta: ¿Hacia un país sin niños?<sup>6</sup> Entre las muchas conclusiones hay una que olvidamos con facilidad: los niños son muy importantes, pues adquieren un valor que va más allá del ámbito familiar, no son solo un asunto de sus padres, sino de todos.

Porque lo que llamamos infancia nos compete a todos, aunque nos hayamos dado cuenta desde hace relativamente poco tiempo. El descubrimiento del niño como un ser sustancialmente distinto del adulto (paidocentrismo), y de la infancia como etapa de la vida diferenciada, la infancia como grupo social, surge en el siglo XVIII gracias a la aportación de Rousseau y su obra *Emilio*. Hasta ese momento, el niño era considerado como un proyecto de hombre, al que se le educaba para que entrara, cuanto antes, a formar parte de la vida adulta, no como un ser con sus necesidades e intereses propios, distintos, por completo, a los del adulto.

Ustedes, que probablemente proceden del ámbito del derecho, la educación, la psicología, el trabajo social, la economía, saben que la infancia se protege desde cada una de sus profesiones, y que el

<sup>2</sup> *La protección de la infancia frente a la pobreza: un derecho, una obligación y una inversión*, Save the Children, Madrid 2013, 124 pp.

<sup>3</sup> Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, *El Estado mundial de la infancia en cifras. todos los niños y las niñas cuentan*, UNICEF, Madrid 2014, 116.

<sup>4</sup> Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, *La infancia en España. El valor social de los niños: hacia un pacto de Estado por la infancia*, UNICEF, Madrid 2015, 70.

<sup>5</sup> GIL SANZ, F. L. (Coord), *VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España*, Fundación Foessa, 2014.

<sup>6</sup> Cf., UNICEF, o. c., 10-14.

coste de desatenderla es enorme. Hoy día es imposible pensar en el desarrollo de los países sin una inversión permanente en los ámbitos relacionados con la infancia. Ningún indicador describe mejor el progreso de una sociedad que su capacidad de garantizar la salud, la educación y los alimentos suficientes para los niños.

En la sociedad en la que vivimos la mejor manera de llamar la atención para que te hagan caso es hablar de números. ¡Cuantifiquemos, pues, la infancia! Los expertos ya lo han hecho y hablan de lo rentable que resulta invertir en los niños. Así que en términos de coste-eficacia, ya se sabe que por cada dólar invertido en la lucha contra la desnutrición infantil las ganancias pueden llegar hasta alcanzar la cifra de 16 dólares<sup>7</sup>.

Como adultos se nos ha olvidado que la tradición oral o narrada hablan de la infancia como lo más valioso, y por eso se cuida y protege. Algunos ejemplos los encontramos en los cuentos clásicos: El cazador que extrae de la barriga del lobo a la linda *Caperucita*; Pepito Grillo, la conciencia (o voz en off) que nunca abandona a *Pinocho*; la col que representa a la naturaleza y ayuda a *Garbancito*. En otras historias, la infancia aporta beneficios a la familia o a la sociedad: es el caso de *Pulgarcito*, quien consigue, a pesar de su pequeñez, las Botas de Siete Leguas que calzaba el ogro a fin de quitarle la bolsa de monedas de oro con la que su familia nunca volvería a pasar hambre. El mismo argumento se repite en *Hansel y Gretel*, los hermanos que siempre permanecen unidos y hacen frente a todas las dificultades. Atormentados por la miseria de sus padres se van de casa, juntos engañan a la bruja, escapan con el botín y encuentran el camino de regreso. Algunos años más debía tener el *Príncipe Feliz*, o mejor dicho infeliz. Desde la altura en la que se encontraba, el Príncipe veía la pobreza de las familias, el sufrimiento de su pueblo y las injusticias del tirano que lo gobernaba. Con la ayuda de una golondrina se despojaría del oro que le recubría y de los rubíes que le adornaban para repartirlos entre los más necesitados.

Pero es el niño quien necesita del adulto. Los pedagogos, a lo largo del tiempo, han expresado esta dependencia de formas diferentes; como la ya clásica *Auxilium inmatuum*; o la que nos proporciona el concepto de educación, que tiene una misma raíz latina y dos significados distintos: *educare* (cuidar, criar, alimentar) y *educere* (sacar fuera, conducir). Conseguir que el niño dé lo mejor que tiene, para hacer del *Hombre un hombre*.

Por desgracia, el adulto no siempre está preparado para asumir con responsabilidad la tarea educativa. Las noticias que escuchábamos este verano en los medios de comunicación, nos provocaban una dramática mezcla de sentimientos y asestaban un golpe a la infancia.

<sup>7</sup> UNICEF, o. c., 9.

Esa que deberían haber vivido el niño de 10 años apuñalado por la pareja de su madre en Torrevieja (mes de mayo); las niñas de 4 y 9 años de San Martino de Moraña en Pontevedra; los niños de 7 y 12 años de Castelldefels... A ellos les podemos recordar por sus nombres, pero, por desgracia, no podemos hacer lo mismo con los niños ahogados en el Estrecho, con los que desfilan como perdidos huyendo de la guerra, o con los capturados por ser cristianos.

El mundo está enfermo de inhumanidad, dice Gérard Bessière. Lo escribía en su *Diario* una Nochevieja, mientras recordaba el sufrimiento de los países y de las ciudades más castigadas por la guerra, el hambre, el terror <sup>8</sup>.

Por otra parte, nos encontramos con el testimonio de esos padres –que también aparecen en los medios–, haciendo creer a los demás que son capaces de cualquier cosa por sus hijos. Absolutamente convencidos de que son de su propiedad y deben hacerse a su imagen y semejanza. Padres que necesitan oír que su hijo es *igualito, igualito que tú o un Luisito en pequeño*. O padres que quieren acapararlo todo, también la educación: “A mi niño lo educo yo y yo controlo lo que ustedes dicen”. Pero la educación es otra cosa<sup>9</sup>. Penosas expresiones que se encuentra en la onda del “Yo por mi hija mato”, tan divulgado por los medios sin ningún tipo de responsabilidad, ni limitación. Para todos ellos no está de más recordar las palabras del poeta libanés Gibran Khalil Gibran: “Vuestros hijos no son hijos vuestros. Son los hijos y las hijas de cuanto la Vida desea para sí misma. Son concebidos por medio de vosotros, mas no de vosotros. Y aun estando con vosotros, no os pertenecen”<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> El 31 de diciembre de 1978 escribió en su *diario*: Noche vieja. Mi padre duerme ya. Estoy solo. La vieja casa, acurrucada sobre sus recuerdos, parece escuchar el mundo en torno. Nuestro valle –ínfima arruga del rostro de la tierra– resguarda sus viñas en la sombra, entre los montes que el viento azota. Parece como si quedasen lejos los países y ciudades cuyos nombres han repetido constantemente los periódicos durante el año que agoniza: Camboya, Vietnam, China, Afganistán, Irán, Chad, Rhodesia, África del Sur, Oriente Próximo... Constantes sacudidas cualquiera de las cuales es capaz de desencadenar el seísmo de la guerra. Cada vez experimento más, aunque trate de orillarlas a veces en mi conciencia, la miseria y la esclavitud de pueblos enteros, la guerra y la tortura, los efectos del imperialismo. América Latina, donde estuve, donde tengo tantos amigos, tan presente en mí.

La distorsión entre lo que sé y lo que puedo –o no puedo– se adueña oscuramente de mí ser. Un sentimiento difuso de responsabilidad sustraída, de sociedad culpable...

En la morosidad de muchos, sin duda en la gravedad de los jóvenes, existe esa obsesión latente. El mundo está enfermo de inhumanidad. Y se da cuenta como nunca. (GÉRARD, B., *Préstame tus ojos. Diario de un peregrino maravillado entre abismos de sombra y luz*, Sígueme, Salamanca 1985, 44).

<sup>9</sup> CORZO, J. L., *Educación es otra cosa. Manual alternativo. Entre Calasanz, Milani y Freire*, Editorial Popular, Madrid 2007, 19.

<sup>10</sup> JHAIL, G., *El Profeta*, Editores Mexicanos Unidos, México 1979.

La familia aparece así como el ámbito social donde se suceden los más grandes contrastes y contradicciones. Porque la familia –dice Alfonso Díez– *puede ser nuestro refugio o el lugar donde nos sentimos más desamparados; el ambiente en el que se aprenden y desarrollan el amor, la generosidad, la comprensión, el perdón, la buena educación... o las más violentas pasiones y hostilidades; los conflictos más amargos, las rivalidades más enfermizas, los egoísmos más insolidarios... y la mala educación*<sup>11</sup>.

Es entonces cuando la familia debe buscar soportes para superar su reducida capacidad educadora y confiar en la escuela, en las instituciones de familia, en los agentes sociales, para que puedan ocupar el vacío educativo que ella misma no puede desempeñar.

Porque como dice el filósofo Bertrand Russell:

Es precisamente en los momentos de desgracia cuando más se puede confiar en los padres; en tiempos de enfermedad e incluso de vergüenza si los padres son como deben ser. En tiempos de éxito, esto puede no parecer importante; pero en tiempos de fracaso proporciona un consuelo y una seguridad que no se encuentran en ninguna otra parte<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> Díez, A., "Familia y Educación", *Educarnos* 56 (2011) 5.

<sup>12</sup> RUSSELL, B., *La conquista de la felicidad*, Clásicos del siglo XX, El País, Madrid 2003.